

dido á la Universidad medios de reemplazar los Colegios de los Jesuitas: el que la hace hablar antes de dejarla reflexionar, ha manifestado ser tan difícil suplir las luces de la Universidad, como suplir los Colegios de los Jesuitas.

Pasemos, pues, á otra cosa mas interesante que su Memoria. Examinemos el Plan de estudios trazado por el Instituto. Si hay todavía Franceses, que abran los ojos de la equidad y buena fe, sobre los Jesuitas y sus cosas, esperamos convencerlos de que nada hay mas conveniente á la educacion de la Juventud, que este Plan, y por consiguiente nada que contribuya mas á la utilidad pública.

CAPITULO XXII.

De los Colegios.

NO perderemos nosotros el tiempo, como el Autor de la Memoria de la Universidad, en probar la necesidad de la Educacion; solo diremos lo que no ha dicho, y lo dice todo, y es que esta necesidad es una consecuencia de la perfectibilidad de la especie humana. Para ser todo lo que debe ser, no necesita el animal mas que del instinto: para llegar el hombre á todo lo que puede llegar, necesita de la educacion. Esta es de tres clases: la que se recibe en el seno de su propia familia, la que se recibe con el trato de la Sociedad civil, y la que se recibe en los Colegios. La primera es la mas dulce, y al mismo tiempo la

mas esencial; á ella corresponde hacer germinar las virtudes primitivas en el corazon de los niños. La segunda es la mas fácil; ella se limita casi enteramente á la ciencia de los modales y al estudio de agrandar. La tercera, aunque por lo comun la mas abandonada, puede sin embargo llegar á ser la mas útil; ella puede reunir á sus ventajas particulares las de las dos primeras, asociar los talentos al agrado y á las virtudes, formar al hombre de bien, y preparar al de mundo, formando el hombre de letras.

Confundiendo todas las ideas, sin explicar alguna, el Autor de la Memoria concentra en la educacion clásica estos diversos géneros de educacion. Nada son á su vista las que se reciben en el seno de la familia, y en el trato de la sociedad civil. El recinto de las Universidades es para él, el recinto del Universo. Jamás sale de los bancos de la escuela: allí pretende formar los Ministros de los Altares, los Generales de los Ejércitos, y los hombres de Estado: allí quiere atraer la atencion principal del Gobierno; y pone la gran base, la *pedra* fundamental de un Imperio. En medio de su arrobamiento él cree percibir un Pueblo de Héroes en un Pueblo de niños, y una Asamblea de Legisladores en una tropa de pedagogos. ¡Qué delirio! El espíritu de Cuerpo, se dice, camina al entusiasmo, y el de profesion se precipita en él.

Mas si la educacion clásica (ó de las Glases) no es el empleo mas esencial del Estado, no deja de ser uno de sus mas interesantes. Importa, pues, que

los que se hallan encargados de él, le den, ya que no aquel grado de perfeccion, al que nunca tocará la flaqueza humana, el de bondad, al que debe esforzarse en llegar una sábia política. Dos cosas pueden conducir á él: la eleccion de los objetos, y la de los maestros. ¿Se quiere juzgar del Instituto respecto de la educacion de la juventud? Examinense los objetos que se propone, y los Maestros que emplea.

Los objetos que se propone el Instituto en la educacion de la juventud, son formar y perfeccionar en ella la voluntad, la conciencia, las costumbres, los modales, la memoria, la imaginacion y la razon.

La sumision es la primera virtud del Ciudadano, y la docilidad la primera virtud del niño. Si no se aplica á doblegar la voluntad temprano, se endurecerá de manera, que no sufrirá despues yugo alguno, y romperá todos los lazos. Al modo que se le fajan los miembros desde la cuna, para darles una justa proporcion, se le ha de comprimir, por decirlo así, la voluntad, para que conserve en todo el resto de la vida una flexibilidad feliz y saludable. El padre y la madre deben empezar esta obra; el maestro debe continuarla. La condescendencia de los padres y las adulaciones de los criados, son grandes obstáculos en el seno de las familias; la imparcialidad del maestro, el ejemplo de los compañeros, y sobre todo, el aparato de una distincion gloriosa, ó de una humillacion mortificante, son poderosos medios en los Colegios. Esta mayor facilidad que tiene la educacion pública,

para formar la voluntad del niño, es lo que principalmente debe hacerla preferir á la educacion particular.

A la imparcialidad del maestro, al ejemplo de los compañeros y al aparato de una distincion, ó humillacion pública, quiere el Instituto que se añada un medio aun mas útil, el establecimiento de ciertas Leyes que reglen y mantengan toda la economia clásica. Estas Leyes deben ser sabidas por todo estudiante, y el maestro nada debe omitir para que su observancia sea exacta y general (92). Para conseguirlo, se valdrá mas del premio, que del castigo; porque los premios excitan y los castigos acobardan. En los castigos indispensables evitará la excesiva precipitacion, que dá á la justicia el aire de violencia: en el exámen de las faltas no usará de demasiadas pesquisas, que inspirando el terror, inspiran la desconfianza. Acuérdesse, que el arte de disimular pequeñas negligencias, es en algunas ocasiones el de evitar grandes yerros. La suavidad atrae, y el apremio repele; así no usará de éste hasta haber apurado los recursos de aquella. Válgase siempre de mano agena para imprimir el temor y arrepentimiento; la suya solo debe grabar el reconocimiento y respeto (93). Si su mano no debe ser jamás instrumento del dolor, tampoco su voz debe ser órgano de la invectiva: emplee la instruccion, la exhortacion, la reprehension amistosa, y nunca la ofensa, la injuria, ni altivez (94). Para dar mayor peso á su autoridad, apóyela con la de los padres de los alumnos: confiera con ellos los medios mas pro-

pios á arreglar su conducta y formar su carácter (95). Siempre que para castigar la falta baste mortificar la pereza, el castigo será añadir un trabajo particular que no perjudique al comun (96). En la observancia de las Leyes y en la distribucion de los premios, no muestre el maestro alguna de aquellas distinciones odiosas, que excitan la arrogancia é indocilidad de unos, y la envidia y desprecio de otros. Que la diferencia de las fortunas no obre en su afecto; y para obtener una confianza general, manifieste una benevolencia universal. Véle con atencion particular, y se interese con igual ardor, en el progreso de cada uno de sus discípulos. Guárdese bien de resfriar su actividad con la indiferencia, y mucho mas de irritar su amor propio con el desprecio (97). Puede ser, que haya algunos inquietos y rebeldes, que rehusen el yugo de la regla: si despues de tomar todos los medios que pueden sugerir la caridad y la moderacion para sujetarlos, no se consigue, convendrá despedir los que no se puedan domar, para que el ejemplo de una voluntad que aspira á la independencia no excite á los otros, y en lugar de corregirse uno, se perviertan todos (98).

Mas en vano se procurará ligar la voluntad al deber, nunca estará bien asida si no se encadena por la conciencia; y su nudo mas fuerte es la Religion. La Religion, en efecto, tiene mayor imperio sobre los hombres, que las mismas Leyes.

Las Leyes á lo sumo pueden desarmar el brazo;

la Religion llega á sojuzgar la pasion: el brazo puede ocultarse á la vigilancia humana; pero no sabrá esconderse de la Divina la mas íntima pasion.

Las Leyes hacen respetar el yugo, la Religion lo hace amar: y el único yugo que se soporta constantemente, es el que se lleva con amor.

Las Leyes no resisten á los delitos sino con los horrores de la muerte, la Religion les opone los terrores de la otra vida: la vista de un suplicio eterno reprime mas, que la de un momentáneo.

Las Leyes únicamente ofrecen á la virtud por motivo la obligacion, la Religion añade á esto el atractivo del premio: el deber solo impresiona á la razon; pero unido á la recompensa, impone tambien á la pasion.

Finalmente, la espada de las Leyes casi no está suspendida sino sobre la cabeza del vulgo; pero el trueno de la Religion resuena aun sobre las testas coronadas: mientras mas general es una regla, tanto mejor sujeta.

La Religion, por tanto, es lo que mas obliga y fuerza á la humanidad; ¿cuánto, pues, no deberemos á los que se esfuerzan á inspirarnos su respeto, su amor y sentimientos? Para esto principalmente se han fundado las Escuelas de la Compañia. Los principios y el gusto de la Religion, se cultivan en ellas aun mas, que los de las Letras. San Ignacio pretendia, que los Colegios fuesen de algun modo Templos á donde se acudiese á aprender las verdades profanas junto con las evangélicas; en que el orgullo de la cien-

cia se templase con la modestia de la piedad; el lenguaje de los Santos consagrarse el de las Musas; se levantasen Altares á las virtudes al lado de los monumentos erigidos á las artes; y donde, en fin, se procurase perfeccionar la conciencia, antes que la memoria y la imaginacion.

Sea el principal designio del Profesor, dice el *Ratio Studiorum*, doblegar el espíritu de la juventud á la veneracion debida al Ser Supremo; explicar los motivos que tenemos de amarlo, y los medios con que debemos agradarle. Disponga que todos sus Escolares tomen la costumbre saludable de asistir todos los dias al Santo Sacrificio de la Misa, y de oír la palabra de Dios. Excítelos de cuando en cuando con exhortaciones piadosas al uso frecuente de los Sacramentos, al ejercicio de la oracion, á las diversas prácticas de piedad, y en suma, á todo lo que puede producir en su alma las virtudes del Cristianismo. Inspíreles aquel respeto filial, aquella devocion tierna, que todo fiel debe profesar á la Madre de Dios. Instrúyalos con Catecismos semanarios, proporcionados al alcance de su inteligencia, en los principios y deberes de la Religion, é imprimiéndolos en su memoria, les grave en su corazon (99).

Si la juventud de nuestros dias, dice el juicioso Fleury, está incomparablemente mejor instruida, que la de los siglos pasados, se debe por la mayor parte á los catecismos de los Jesuitas (*). Véase pues, la uti-

(*) Fleury. Prólogo de su Catecismo Histórico.

lidad de los catecismos clásicos probada por la experiencia. Puede ser, que se nos quiera disputar la utilidad de las diversas prácticas de devocion, que recomienda el Instituto. Sobre esto haremos dos reflexiones. La primera es, que no hay ninguna práctica de éstas que no sea edificante en sí, ventajosa para la salvacion, autorizada con el ejemplo de los Santos, y consagrada por los preceptos, ó consejos del Evangelio: la segunda, que para introducir la Religion en el alma de los niños, es necesario hacerla pasar antes á la imaginacion con el aparato, y despues á la razon con los principios. En la edad de las pasiones todo conspira á arrancarnos de las prácticas y máximas de la piedad; ¿podemos, pues, dejar de unirnos á ella lo mas pronto posible y con demasiados lazos?

Sujetando la voluntad y formando la conciencia con la educacion clásica, es como dirige el Instituto las costumbres. Algunas veces los Colegios son escollo bien funesto. Reunidos los hombres contraen muchas ocasiones vicios contagiosos. Esto se verifica especialmente en los jóvenes, cuyas nacientes pasiones no procuran sino comunicarse, fomentarse, y autorizarse unas con otras. Sin fortaleza y sin experiencia, arrastrados de la inclinacion, ó de la seduccion; ¿en qué desórdenes no se precipitarán? Desórdenes en que padece el Estado tanto como la Religion; desórdenes, cuyas consecuencias ordinarias son la depravacion del entendimiento, la vileza del alma, el olvido de los deberes y de sí mismo, la ruina de los talentos, la destruccion

de las familias, y tal vez la decrepitud al salir de la infancia.

Penetrado San Ignacio de la importancia del objeto, puso en las costumbres el punto capital de la educacion: á éste llamó sin cesar la atencion del Profesor, la vigilancia del Prefecto, la solicitud del Rector y la inspeccion del Provincial: sobre éste exige de parte de los discípulos la sumision mas entera y la docilidad mas constante: para éste manifiesta mas zelo, y toma mayores precauciones (100).

La pasion y el ejemplo son los dos manantiales venenosos, que inficionan las costumbres. Por eso el Instituto quiere, que el Maestro prevenga á la pasion destruyéndola con el estudio; avivando en todos los corazones el fuego de la emulacion; y poniendo delante de él fantasma del delcete, el simulacro de la gloria. Para esto sirven las dignidades, los títulos y condecoraciones honoríficas, que deben distinguir á los mas aplicados; distinciones pueriles á la verdad, pero que son para los niños lo mismo, que para los hombres otras mucho mas vanas, con la diferencia, de que á éstos casi siempre se las distribuyen el acaso, ó el favor, y á aquellos solo se las dispensa el mérito. Para esto se estableció la division de una Clase en dos bandas de rivales, que se temen, se observan y se contienen mutuamente en su deber. Para esto se dispusieron aquellas disputas y desafíos clásicos, en que se oponen la memoria á la memoria, y el ingenio al ingenio, para afilar la punta del uno con la del otro; en que se der-

raman las primeras lágrimas de la emulacion; ¡lágrimas fértiles y preciosas! Para esto valen las recompensas particulares, y los premios solemnes, que empiezan á hacer hallar el interés del amor propio en el de la virtud; que hacen estimar el trabajo y lo suavizan ofreciéndole el acierto en perspectiva. Para esto se instituyeron los exámenes públicos, en que el desco de agradar, dá, ó desenvuelve el talento. Para esto, en fin, aprovecha aquella atencion á variar los ejercicios y trabajos, para apartar lo que es para toda edad, y especialmente para la juventud, el enemigo mas mortal del gusto y del deber, la monotonía y la uniformidad (101).

Destruida la pasion, se atiende á apartar el mal ejemplo. Para esto se ordena al Profesor, que véle atentamente sobre las amistades que se forman entre sus discípulos, para deshacer las sospechosas: se le prohíbe explicar todo libro, ó pasage donde se descubra la menor imágen del vicio, ó pueda exhalarse el menor vapor de corrupcion (102). ¿Y para qué tambien estas instrucciones generales y conferencias particulares? ¿Para qué esta costumbre de exigir todos los meses se acerquen al tribunal de la penitencia? ¿Para qué la severidad contra toda suerte de lecturas peligrosas, de espectáculos licenciosos, de palabras indecentes, de acciones escandalosas? Para inspirar mas y mas, el horror del vicio y el aprecio de la virtud; para disminuir el ascendiente del ejemplo y la tiranía de la pasion; para multiplicar incesantemente las barreras que deben defender las costumbres (103).

Con las costumbres puras, pide además el Instituto las suaves y amables: así ordena, que no se permita en los Colegios, ni la mentira, ni la murmuracion, ni las querellas, ni las injurias, ni los juramentos; en suma, ninguna cosa que pueda vulnerar, ó degradar al hombre de bien (104).

Los buenos modales sirven de apoyo, ó de ornamento á las buenas costumbres. Por eso el Instituto, zeloso de formar á la juventud en ambas cosas, quiere, que el Profesor se aplique á imprimir la modestia y decencia, en toda la conducta de sus discípulos, la moderacion y urbanidad en sus disputas, la atencion y reserva en sus procederes, el recato y madurez en sus acciones, correccion en su language, exactitud en su pronunciacion, regularidad en su gesto, circunspeccion, en fin, y dignidad en todos sus movimientos (105).

Quintiliano era de parecer, que debía preferirse en mucho la escuela en que se aprende á vivir bien, á la que enseña á bien hablar (*). Pues esta es la voz pública, voz arrancada por la verdad al odio mismo, que entre todos los Colegios, los de los Jesuitas son donde se logra componer mejor los modales, y arreglar las costumbres. Por sola esta ventaja deberian ser superiores á los demás; pero lo son tambien por el cuidado que se pone, en cultivar la memoria y la imaginacion.

Con el estudio de las lenguas sábias se enriquece y perfecciona la memoria. El Instituto quiere que es-

(*) Lib. 1. cap. 2

te estudio preceda al de las bellas artes; porque éstas son el objeto y obra de la imaginacion, la que no nace en los niños, sino despues de la memoria, y aun de la memoria misma. Por otra parte, las lenguas son como instrumentos de las bellas artes: y antes de estudiar una arte, conviene saber manejar los instrumentos. Sin excluir las lenguas vulgares, el Instituto dá la preferencia á las sábias por muchas razones. La primera es; porque las lenguas sábias han llegado á su último grado de perfeccion, y las vulgares no. La segunda; porque las lenguas vulgares se aprenden casi en toda edad; pero las sábias apenas es posible aprenderlas bien, si no se empieza desde la infancia. La tercera; porque las últimas sirven de acrecentar y hermosear á las primeras. Se pregunta á Patru, dónde habia estudiado tan bien la lengua Francesa. En Ciceron, respondió, y en Horacio. Si el Instituto se adhiera de preferencia á la lengua de los Romanos que á la de los Griegos, es porque aquella se asemeja mas á la de los pueblos modernos; porque los modelos que nos ha dado Roma, son mas acabados que los que nos dió Atenas, y porque el Latin es de mayor uso que el Griego. No ignoramos todas las declamaciones hechas contra el estudio de ambos idiomas; nosotros no responderemos á ellas, sino con el ejemplo de todos los sábios distinguidos, de todos los literatos célebres, y de casi todos los artistas excelentes, que han sacado de estas lenguas las principales riquezas de su erudicion, de su gusto y de su invencion.